

EL GRAN AMARILLO

CELINO GRACIA



PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA
GERARDO DIEGO
2024

GOBIERNO DE CANTABRIA
EL DESVELO EDICIONES







EL GRAN AMARILLO





Premio Internacional de Poesía Gerardo Diego 2024

Consejero de Cultura, Turismo y Deporte del Gobierno de Cantabria

D. Luis Martínez Abad

Directora general de Cultura y Patrimonio

D^a Eva Guillermina Fernández

JURADO

Presidenta

D^a Eva Guillermina Fernández Ortiz

Vocales

D. Marcos Díez Manrique

D. Juanjo Prior García

D^a Mribel Fernández Garrido

Secretaria

D^a Ana María Gutiérrez Marcos, funcionaria
del Servicio de Acción Cultural

Primera edición, junio de 2025

© de la obra, Celino Gracia Sáez, 2024

© del diseño de cubierta e interior, Javier Fernández Rubio, 2025

© de la edición, El Desvelo Ediciones/Editorial Almuzara, S. L., 2025

ISBN: 979-13-877990-5-2

IBIC: DCF

THEMA: DCQ

Depósito Legal: CO ccc-2025

Impreso en España-Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com 91 702 19 70 / 93 272 04 47).





PREMIO LITERARIO
GOBIERNO DE CANTABRIA 2024
INTERNACIONAL DE POESÍA GERARDO DIEGO

CELINO GRACIA SÁEZ

El Gran Amarillo

El Desvelo
EDICIONES





El Gran Amarillo







I

Quién no tiene un corazón por dentro
y una camisa con tres hilos y un ciempiés
al borde de su orgullo
quién y no
—con el tanto amor que dan las madres—
llega a bulto, a bulto al menos
de sí mismo
y se viste de pantalones breves y ordena en amarillos
lo macabro
y vuelve de no ser y se retrasa nuevamente
ochomente se retrasa
y empieza a peinarse tarde y occipitalmente
y llega viejo al día de días
con una estrella endurecida ya en la frente
y a destajo, a destajo. Quién.

Quién no lleva la sien lavada con agua grande
y aun a piedra por latido ayuna y no se queja
quién no tiene hembra la boca, mucho el cuánto,
alto el idioma
quién no se come un pájaro parecido a un reloj
quién no envejece al lado de su barbilla





quién no junta dos penas y las envuelve
en una manta.

Por donde yo vengo, madre, por donde he venido
había vivos colgantes, materias peatonales de hombre,
comensales,
había leyes de cansancio, civismos sucesivos
y quién no se vuelve un poco loco, madre
quién no abraza espejos
y se pone a llorar en miligramos
de tanta sensatez que tiene el mundo, madre,
de todo tan peinado y con la cuenta exacta
a quién no le llora toda una tarde una clavícula
de estar tan bien empadronado
por donde yo vengo, madre,
por donde he venido.





II

Dos gitanas me llevaron, me invitaron casi a la
primavera
y eran casi hermanas.
Iban juntas y en número redondo, hermosas
con sus pobrezaas equivalentes, con su pulseras de
polvo
y una pala. Iban
a enterrar un burro.

Lo había ahogado el río, decían con ajo y pena
el mismo río que una vez, hace años, inundara las casas
y los muros medianeros
y decretara la muerte de once mil maridos.

¿Y entonces no murió ningún animal?

Ni una bestia, ni una mujer, ni ningún niño
bautizado, defienden ellas.
Y mientras hablan acarician juncos, miran el agua
y piesmente juntan barro en cada margen.





Estará contento el río, les oigo regañar
entre una y otra, contento
con sus millones de venas frías
y sus bronquios inacabables
de llevarse un rucio bueno y bien peinado
que solo vino a beberle el agüita
que a él le sobraba
un burro peinado y nuestro, dicen y redicen,
cuando aún quedan tantos hombres en las casas
tantos maridos sobrevivientes
que nosotras podríamos traerle sin esfuerzo
—sin esfuerzo, repiten—
cada tarde, para deshocicarle el hambre.

Y me miran las gitanas en segunda noción
se dan cuenta de que no huyo ni vacilo
de que aún me parecen más hermosas como destino
que como primavera
y entro en el río por primera vez
y seguimos andando por el agua
de uno en fila.





III

LOS AMANTES PRINCIPIANTES

Volvíamos del año del cariño
desaleccionados, completos
con las orejas tibias y los síes redondos
como primerísimas manzanas.

Volvíamos trayendo, entre los dedos,
el derredor de la leyenda.

No le preguntábamos nada
por si el futuro existía
no le preguntábamos nada.



IV

He puesto un litro de mi sangre
a decir basta cinco veces
me he bajado de mi altísima pupila y sin esfuerzo
he remangado matinal las más de mis costillas
le he dado a cada una un corazón de remero
y las he bautizado sin sal en algún río.

En mi barbilla cavé una zanja de placer
les di a mis pies un conjuro contra los bostezos
desenrabié mi ombligo, lo cubrí de alpiste
y allí escondí los pájaros flexibles que empezaban a
nacer
detrás de la verdad de mis orejas.

Luego firmé feliz mis venas, me consentí mío,
y por la arruga del mundo caminé sereno, casi lúdico
como un rey de bastos o como un preferible dios
del optimismo.





V

Ya que vamos a crear el mundo, compañeros poetas,
y no solo a adornarlo con sales y venias del corazón
habrá que traer troncos, palos, herramientas
habrá que buscarse en los bolsillos
a ver si encontramos verdaderas nueces
y no solo nociones sugestivas o precauciones del alma.

Habrá que cuadrar arquitecturas, cuajar frutos,
construir cabañas
habremos de mirarnos las manos como si fueran
manos
y los ojos como si fueran vientres
y los vientres como si fueran pozos, pozos
de donde sacar manivelas reales, ofrendas nítidas
como un barro, un grillo, una montaña.

Vayamos hasta cualquier bosque
hagamos con madera los primeros peces
con harina las últimas estrellas
toquemos la arruga de la tierra
verdaderamente,
pensemos en águilas de palo.





El mundo es una cosa con materia
las madres no paren ángeles con alas
sino niños con placenta
construyamos, construyamos,
compañeros.





VI

Tomaría los huesos prestados, no sé,
quizás de un niño con las orejas nuevas
o de una madre sin término
o si acaso, y mejor aún,
de un ángel enamorado de una bicicleta.

Si en esos huesos no crece el musgo o la canela
si no están blandos como primeros nombres
para qué, para qué entregar mis manos,
mi voluntad, mi ternura
si andan rozando sal y tampoco dicen
(a quien tanto podría amarles)
las verdaderas señas de su vida,
de su cuna.

Tomaría los huesos prestados de una oruga
de una costurera subida a un peldaño
de una lluvia menor
me obligaría a vestirlos una vez y otra
con mis propios días y mi propia piel
y aun en la punta mayor de mi tristeza
aun en su instante de peor renuncia





seguiría insistiendo en sus posibilidades dormidas
desde el hueco perfil de mi esperanza.

Soy poeta titiritero y no vengador, soy dulce a miles:
si alguna vez entro en los cementerios del alma
y robo huesos y los desencajo y los parto
no es por crueldad
no es por locura
no es por desánimo:
es solo por averiguar, con histórico optimismo,
cuánto azúcar tienen dentro.





VII

Haremos bien, haremos bien en pensar
que no hay eternidad
a la que poder agarrarnos
haremos bien con tan solo una ciudad de palo
una despensa nuestra
algunas victorias cercanas como el apio.

Haremos bien con la larga expectativa
aquí sentados como escarabajos del día
sin dioses ni nieves ni estrellas
sino con tos y camisa, con talentos corrientes,
con tímpanos.

Escúchame bien, Lulú, mi diurna
no nos protegamos con números grandes que no
tienen rostro
de fechas que sí lo tienen
no esperemos más allá de nuestra comisura
el centímetro de ningún beso planetario:
seamos sin promesa, esta tarde, uno y uno,
frutos humanos.





Que el tiempo se ocupe del tiempo, de sus siglos.

Nosotros tenemos nuestras cerezas.





VIII

A qué tan afligido, a ver, a qué sin ojos
y a la pura contra, con un fervor sin tuétano
y este diente paria, a qué
tanto desfile a mala gana y ningún camino
a trote, a paso, caminando
y luego una risa como con los bolsillos
llenos de cebollas
luego un segundo amor aún más blando que un
trapezio
y acostado, acostado todavía
heme demorando
a conjetura, a falso estribillo
con cuajapena y al borde fúnebre de mí mismo
como un apóstrofe, como un clavo.

Dime y dilo, tan sin meses:
a qué tan resumido
no me saludo y lloro aceite
me trino y desconsuelo hasta los jueves
me nazco ser llovido, me irrumpo sin alas
no medito, me ablando a manos
soy asunto, oración, cerro





luego la tierra bailará, yo sé que bailará
y hará de constelaciones mis desprecios.

Hombre de mis mismas venas, pariente mío, yo mío
dime a ver, a qué tan deshijo, tan sin mitades
a qué por media mosca
tan áspero afligido.





IX

Donde los empieces, donde las primeras virtudes
donde los perros infinitos
allí haremos ronda, venid, vengamos
adonde el vértigo, la suela, el zanjón
adonde el amor no esconde trapos
y es todo boca limpia y lame y gasta
cosas impensables: comarcas, bultos, donaciones.

Allí es donde está preparado el buen almuerzo
donde lloraremos como almendras justas
y nuestros pies serán útiles
y nuestra furia deseada
y estas uñas convincentes
y nuestra palabra —Dios mediante—
el único semen verdadero.

Venid, vengamos
ya hemos descansado suficiente, hermanos poetas.

Seamos necesarios.





X

Más que vivo, estoy redondo
más que asomado, perspectivo
desolado con miel, con siglo
las sienes de buen cartón, la duda recia
el agua que me cae masticada y bastante
pero luego qué
luego quién no respira a puro alambre
a quién no se le seca un diente en el camino,
un taloncito, una esperanza.

Voy diagonal al ojo y lucubro lucubro
como un animal pinzado
desertor y placentero.





XI

Porque dicen que no, que las uñas no duelen
porque habrá que resignarse a ser pájaros semanales
a que no nos alimente el propio pecho
a vivir sin peso y a que sea viernes simple
entre dos cejas tremebundas de señora.

Cuánta fecha unitaria
cuánto carrete puesto a comer hilo.

Te estoy hablando con mi boca de pez más puro
te estoy diciendo un verbo vulnerable como un mar:
no ajenaré promesas, no repletaré sollozos
aquí donde las uñas no duelen
donde dicen que no duelen
yo devoraré los párpados de ver y ver para decir tanto
yo levantaré un sur, un hombre continental
ya verás, con espejismos claros, con ejemplos duros,
con gerundios.

Rozaré mis huesos mejores, mis latidos, mis síntomas,
mis aúlls, mis logros inmediatos, mi fin de fines
los gastaré a fondo y a día, astillados,





hasta hacer de mi pensamiento, de mi vocación y su
tamaño,
un generoso cuenco humano.

Sobre él desayunaré luego con cuchara y vientre de
madera.





XII

Estos cuatro poemas anteriores
vienen como cuatro hijos que no se dejan conmover
por preocupaciones del padre.

Cada carta eligió su mano
cada miel su herencia
y si hay un párrafo, una idea, una sola sílaba
en cualquiera de ellos
sobre los que antes tuve dominio o parte
sébase que está entregado, en mi respecto,
ese título de pertenencia, ese rango, ese lugar.

Levantaron ellos su pecho un día sábado, fueron
solos,
y viéndolos erguidos yo en mi hamaca,
paternalmente,
cerré los ojos.

Con un amor eterno, protector, insustantivo.





XIII

LEYENDA DE LOS HILOS

Le dio el calor de un barro distinto a cada lágrima
y luego una cuna y un número posible
bajó a los telares, a los hondos telares de la tierra
alimentándose solo de almendras y de hormigas
virtuosas
que sobre sus pestañas no pesaban
así bajó dormida, dormida
y no pesaban.

Le habían advertido de que durante aquel descenso
su sueño debía quedar sujeto
a la superficie del día
por hilos de al menos cuatro colores:
el rojo fijaría sus párpados a los herrajes de su
conciencia
el gris-hondo tensaría el agüita de su orgullo
el verde sería su infancia
y el hilo amarillo, el más hermoso de los cuatro,
es el que servía para que ella no quedase preñada
por su propio sueño.





Iba tendiendo un hilo y luego otro
giraba, iba cayendo
y le daba miedo no llegar, y después de no llegar
no regresar
así que ató los cuatro colores con cuatro nudos únicos
a su propio ombligo
y en la oscuridad ella los distinguía
ella era capaz de distinguirlos por el tacto
por el grado de perfección de cada uno,
y eran su talismán:
a ti, hilo-de-color-rojo —les decía—
te dormiré como si fueras un animal de lluvia
que está cansado y no comprende,
a ti te dormiré como si fueras un animal de lluvia.

Y parecía que iba a soltarlo, pero no lo hacía.

Solo en un último momento, una vez alcanzadas
y rebasadas, en su caída, ciudades de un barro extraño
ciudades más subterráneas que la garganta
de ningún dios
solo entonces tomó el hilo dorado, el hilo amarillo,
y le pareció tan bello
que para hacerlo perfecto quiso tensarlo





y lo rompió.

Quedó entonces dentro del vientre de su propio
sueño
a la vez como hija suya y como madre
preñada de él mismo.

Había roto el hilo dorado
y allí permaneció, allí se hundió en su sueño para
siempre
con los otros tres hilos aún intactos:
el rojo, el gris-hondo, el verde-infancia
allí quedó dueña de sus pies y de su ombligo,
consciente, niña, orgullosa.

Los telares de la tierra gimieron como estrellas.





XIV

HISTORIA DE LA LLUVIA

No era fácil, para la lluvia, saberse lluvia.

Ella se pensó primero y totalmente alumna
transparente
de los calendarios, de las cosechas
se creía tutelada por los nombres-padre de algunos
meses
asa blanda del cielo, se creía
sin voluntad ni pies andantes ni arterial ternura.

No sabía adónde iba, en el viento pedaleaba
y no, no sabía adónde iba
practicaba sus cariños de igual modo
besaba a los primeros pájaros del día
les regalaba la guitarra del rocío
iba descalza, practicable,
no tenía duración.

Pero no tuvo pistas de ser quien era, la lluvia,
hasta muy tarde.





El día era sin peso, los vientos la tomaron de la mano
para acompañarla a ver la tierra
y ella sin pies que no sabía, ella que preguntaba y no
entendía
se puso a jugar con la primera arena que vio
se puso a jugar con ella
como si fuera miga blanda del pan del cielo
y entonces ocurrió, entonces se vio las manos
por primera vez
se convirtió en aguamadre
y entendió que con ellas, sí,
era capaz de crear el barro del mundo
y después los charcos, los mares, la hierba de los
meses,
las promesas, los molinos.

El resto fue sencillo:
los días la siguieron, las espumas, los bosques,
se alzó el canto de los ríos, despertaron las mareas
y en torno a su infancia, que duró diez mil años,
los primeros cauces crearon, como venas sutiles,
el porqué de su leyenda.





XV

Absolutamente estoy probable
menos o más tengo el vigor, la densidad final
de una manzana,
además feliz a cántaros dudo y presiento mi homenaje
a los pocos días de ser quien soy, quien he sido
y pongo sal y bebo largo, brindo
abundo, retumbo, casi vuelvo
y renuncio, en realidad, a algunas leyes:
ley del orgullo, te aplano
ley de la anticipación costosa, te desuno
ley del anhelo con culpa, te apellejo,
te mondo, te desnazco.

Vengo de un país donde a los niños nos decían
que debíamos honrar con nuestra historia, con
nuestras vidas,
las bodas entre el mundo y sus glaciares.

Traigo la boca llena de raíces nuevas, me hice novio
musical
de la canela.





Absolutamente estoy probable, además feliz a
cántaros:
mi edad es un follaje, mi frente llegó a tocar
por dentro de la madera la extensión familiar
de la esperanza.





XVI

LAS SIESTAS TRISTES DE MAMÁ

Estoy ahí, con mi camiseta amarilla. Vengo de un gran viaje, de ser niño y fruta rodante vengo, de medir meses y días con cuerdas de sonrisa obediente, con números sin piedra, como bordados directamente sobre la lengua de los pájaros. Vengo y ella está esperándome en su cuarto, en mi muy ahí: me mira mamá tanmente desde su cama y parece que alguien se le hubiera bebido de los labios la segunda alegría de mujer y madre, que se le hubiese roto sin domingo una guitarra, y así me mira, así en la cama.

Mamá está triste como un mundo, como una gran cosecha, y subo yo por su media raíz hasta ser hijo, deshago nudos, cortinas, no comprendo, me esfuerzo hasta el ombligo y no comprendo: ¿Quién le voló grillos y sonrisa? ¿Qué amor la vació hasta el polvo? ¿Quién se llevó su nieve en un dedal?

Mamá es la mitad derecha de mis ojos, mamá es el hilo que conozco y no otro, mi color de vida, mi zapato de dos sílabas. Pero ella está en un día, en un verano de mapas llorados, de desesperos de manzana y de vértebras que también se le ponen tristes.





Yo no quiero verla, yo formo vocales de verdadera rabia y la culpo a ella como si fuera yo mismo, la culpo de su lágrima desde su vientre al mío. Me separo, abandono su sueño y fijo mi ancla. No entiende mi amor la cuanta pena.

Tengo siete años, salgo de su habitación y su sentido como dejando atrás la Gran Ceiba que sostiene el mundo. Luego, durante el día, recorro el pasillo de esta casa tantas y dos veces, dudo, avanzo con mi pensamiento, me detengo al pie. No sé si volver a entrar, si abrazarla o no con rabia nueva, si culparla o sí.

Mamá duerme en mi muy ahí su siesta triste. Yo piso tan despacio hacia nosotros mismos como pronunciando la palabra miel.





XVII

Quien está verdaderamente ocupado
escribiendo
no tiene tiempo
semilla
voluntad
desamor
desvelo
para plantearse si
escribir
es un verdadero modo
de ocupación.

(Filosofemas de palo
que nos salvarán la vida.)





XVIII

Tengo dos varas con las que ser tres veces desagradecido
también tacitas en las que beberme
un hombre bueno
tengo pájaros panfleto, mentiras de capillita azul
tengo disimulos por los que podría galopar
un cobarde con camisa
como sobre una gran llanura
tengo rabias color de pez, orgullos con madre,
consejos para lo muy lejos
tengo seriedades de escolar serio
traiciones sin azúcar
desencantos de tercera cuartilla
tengo media conciencia en motín contra la otra media
vicios hermanos míos, conductas con piojo,
paredes de amor equivocadas.

Con esta casa hacer un hombre
con este cimientito un alto corazón, una lámpara,
un día perfecto.

Me digo.





XIX

¿QUÉ TE HACE POETA?

La primera intuición, el raro descanso,
cierta elasticidad, cierta soltura
para masticar relojes
un dolorcito, una insatisfacción que es como un
noviazgo,
el asombro, el asombro.

Quizás lo alusivo, lo elusivo, lo tocante,
¿lo salival, lo gutural, lo nocturno?

Quizás saber que no estás dialogando con los dioses
y hablar siempre como si lo hicieras.





XX

Cuando aprendimos las uvas
cuando me bajé de mi pala y era jueves
y vi abierto tu taller de ojos
y quién me lo iba a decir a mí
que venía por venas abandonadas, por tajos sin
cariño
a contramundo venía
como peinándome con hilos de mi propia pena
como a casis, como a nada, venía
despintadas ya las rayas de mis meridianos del alma
sin la mera seña de no ser, a lo menos,
un desexistido,
cuando entonces, digo, cuando tenía una frente
que todo lo sabía literariamente, sin verdadera nieve
y podía tocar mis cinco soledades
como si fueran un único tambor.

Cuando aprendimos las uvas
y tuvimos extensión, por primera vez,
y primavera y razón de crecimiento.





Cuando un ladrón de manos
deshizo mis trimestres y me regaló
una hiedra en verso hasta tu estrella.





XXI

En el adrede de los adredes
cuando ande a despiertas, lucidísimas razones
sin atender más que a las criaturas que nacen
que van naciendo
de lo extraordinario,
cuando como ángel tupido salga corriendo
por mi astro o mi barbilla
y allí me estremezca
y acuda solo a paisajes pintados con guitarra
y junte la primera miga de la alegría
y me llamen las cosas desde su mejor barro
desde su escuela con preguntas.

Cuando mi amígdala, feliz a cientos
se sitúe alucinada
entre los huesos rubios de la maravilla
y los convierta en madre y padre suyos
y me ofrezca su costilla
como una sábana de elegidos hilos.

Y allí duerma por fin, despierto y vivo.





XXII

Empiezo por comerme, a veces, mi camisa
luego digo cosas que no entiendo
me doy precipitado
me escarcho, me agolpo y me naufrago
respondo que no y que no a tres campanarios
que al cabo sí me conocen
resumo un poco, saludo a quien se llega y me supone
en pie con patas de gallina
ayuno cinco días, normalizo mi estado
luego bebo un ángel como quien sabe siempre
lo que hace
reúno musgos, mejillas, rayitos de pan de luna
para una gran antología
de cosas seguras y menguantes.

Fundo un territorio hacia las siete
miro mi veleta y me descreo
regreso después a lo exclusivo de mi rostro
y antes de dormirme, justo antes,
me convierto en planeta
y en cada impacto contra mi estrella de
nocturnidad contraria





reparto a Dios, como a un geranio, por todas
partes.





XXIII

Nos encontraremos con nuestras madres, con su
ungüento,
río arriba de los nacimientos
hermosas como entonces
y nos preguntarán qué hicimos
si elegimos barcas blancas
si enronquecimos con pureza
nos preguntarán
si amaestramos con saliva y cien pasos
el burrito de nuestra vocación
si nos pusimos al sol algún noviembre
si meditamos contra la tarde un hijo
si llegamos bien peinados
al otro lado de nuestro chaleco
si enfermamos, si morimos,
si en lo torcido del mundo conseguimos dar
al derecho un solo abrazo.

Luego nos verán recién vestidos, niños otra vez
toda el alma tendida, bautizados de nuevo
tan universales de ala, tan profundos como un hipo,
hermosos como entonces.





XXIV

Llevas nueve meses, un minuto llevas, escribiendo
poesía
y ya crees pertenecidos y tuyos todos los premios
ya los pones a tu nombre
y piensas en lo injusto que sería
que no te los concediesen todos
absolutamente todos.

Estás tan equivocado que seguramente vayas
por el buen camino.





XXV

Cuando estuvieron a punto de gemir las estrellas
cuando te bajaste de tu nombre y de tu nudo
y más allá de lo redondo, de lo amoroso
a fondo y a vértice y a cuerpo
fuiste viniendo, fuiste haciéndote
concubinamente mía
sensual, epitelial, afinada
hembra y hembra a octavas veces,
cuando te vi y tenías tanta razón como un agua grande
y desvestías mis tendones como una ley
¿venías acaso a curarme mis zapatos?
¿masticabas con tu cuerpo un secreto afin?

Entrabas en el desensueño a modo liminal,
sapiente, con utensilio, con comisura
te hacías vibratoria, inconciliable;
luego tu tronco, como una piedra inmensa,
molió de mí tanta vida que alcanzó hasta a mis hijos
y allí no paró
prendió fuego a la paja de sus cunas
gemebunda, ahondadora, desenfundada
y yo ya en mi raíz de hombre cósmico, sin progenie





sin esperanza ni probada descendencia
limpié de harina mis manos y me vi tuyo
atravesando una vez y otra, exclamado y consecutivo,
el semen de tus pupilas.





XXVI

Como es posible y sí
que ya esté cayendo desde el cuenco de mi vida
hacia tus caricias de palo
como es posible que yo anduviese
dulcificado y perfecto
pero escondido de todo, de todos
detrás de una manzana,
como son posibles tantas cosas
y además de posibles
ocupan espacios, milímetros ciertos
de la realidad
no me cierro yo
no me desamparo aún piedra por piedra
y te fecundo, y te digo
ya lo verás, ya lo verás:
te amaré con arcilla
voy a hacer con tu punta de barro, niña mía,
mi nariz elemental.





XXVII

Vengo con catorce fondos de alma
y sábanas calculadas
con la espalda y la tierra, vengo
contando cortezas, trópicos, maravillas de viaje
que pongo sobre mi tela:
vocales nuevas traigo
espejos del primer día del tiempo
labios con la sed original
traigo dioses hechos aún con hebras
y un sol solo de barro
y una cuerda con la que ir midiendo
según nazcan en torno
los órdenes, los relámpagos, las ciudades,
las causas, los seres, las esquinas.

Traigo también yerba y renuncia, pinto mares
con los que luego barrer un día de la creación del
mundo
o una raza de hombres de piedra
o una generación entera de lágrimas,
traigo un caballo que ama su cuna
a más no poder





y pájaros que calientan la tierra con preguntas tardías
y árboles de puntillas sobre el dos a dos
de mis pulmones,
traigo y soy y hasta merezco
este tallo que me empuja la frente
este remo que me deshace el alma
este pecho mío, consensuado.

Vengo con una canción de cuyas profundas
horas de clima
han de nacer un día los ríos del mundo
como si fueran la fruta estallada y repartida
de un porvenir irremediable.



XXVIII

Una vez vi al agua sentada en una silla
con paciencia ejemplar presenciaba
los días de aquel taller
no se humillaba ni se embravecía
esperaba, esperaba.

Es tan obediente
—pensaba Dios algunas veces—
que nunca va a aprender a hablar.





XXIX

Vendrá la poesía con poso, paso y peso (con perdón)
vendrá con rueca y lecho, con pecho y aluvión
y con tizones
vendrá hasta cuánta palidez, hasta ninguna
con plumas de colores que nacen sin pájaros, así
 vendrá
con risas bárbaras y besos tan grandes como el
 orgullo del mar
vendrá agotada, pujante y descalza
sin nada que la señale como vientre ni como trenza
 saciada
vendrá como silbido, como río, como media mujer
y entonces beberemos agua en sus sandalias
y habrá desfiles de peces que se enamoraron
 imposiblemente
de una sílaba
y lloraremos sin chaleco.

Vendrá la poesía, vendrá otra vez con poso, paso y
 peso
con gravedad, ritmo y materia
y nosotros le haremos una cuna con pestañas





que no suenen
para que duerma, para que encuentre sábanas blancas
y cajones que la esperaban, y un hogar paterno.

Luego la amaré sin efusiones. La sentaré a almorzar
en mi mesa y le enseñaré la escritura:
las palabras, los predicados, los acentos.

Ella pronunciará el pan y se convertirá en saliva.





XXX

EL GRAN AMARILLO

Madre, yo hubiera querido llegar al Gran Amarillo, a esa noción, a esa concatenación al menos, pero desde entonces hasta aquí nos han ido naciendo vasallos en el alma, tipos que son como costillas que se rinden, ya sabes, que se nos rinden.

Llegar a ser un hombre todo, tan mineral, tan indiviso, madre, poder decirte con uñas en vez de con palabras cosas como que peregriné por lo mejor de mi zumbido, que venía joven el mundo y vi que era posible la hazaña, la semilla: que sí era cierto que existían seres dichosos capaces de imponer su norma, ay, sin sacrificar su voz.

Yo no sé cuántas durezas tiene el día, pero de pan viejo en pan duro vengo probando tantas: así se desgasta un ángel, madre, así se desgasta un ángel.

Así no alcancé el Gran Amarillo.







Índice

I	9
II	11
III <i>Los amantes principiantes</i>	13
IV	14
VI	17
VII	19
VIII	21
IX	23
X	24
XI	25
XII	27
XIII <i>Leyenda de los hilos</i>	28
XIV <i>Historia de la lluvia</i>	31
XV <i>Las siestas tristes de mamá</i>	35
XVII	37
XVIII	38
XIX <i>¿Qué te hace poeta?</i>	39
XX	40
XXIV	46
XXVII	50
XXVIII	52
XXX <i>El Gran Amarillo</i>	55















